

Etimologías III

Pablo Galindo Arlés

PRÓLOGO

Y ya van tres ... Este tomo tercero sigue indagando la vida pasada de las voces que todavía se hallan en curso en nuestra lengua. Como en las anteriores ocasiones, pretende excavar más allá del terreno consolidado que nos da el origen cierto y bien conocido en los diccionarios etimológicos. Como Dios, la razón última es indemostrable. Sabemos la etimología inmediata de la voz “*sed*”, pero ¿nos *saciamos* bebiendo en el latín clásico sin apurar el cáliz hasta la hez del vino? ¿Existe alguna relación entre “*satis*”(bastante) y “*sitis*” (sed)? Podemos intuir, nunca afirmar. Mucho menos quedarnos *satisfechos* habiendo *saciado* (o *saturado*) nuestra sed. Probablemente muchas veces cavamos en un lugar equivocado o tomamos la canilla de algún can canijo como el hueso o el diente canino de algún antepasado. Las fosas abiertas sin obtener ningún resultado tangible no deben por ello hacernos caer en la desesperanza. Cuando se investiga en un estrato de la lengua bastante anterior a los más viejos documentos escritos de un idioma no podemos estar absolutamente seguros de casi nada. ¿Deriva “*cebo*” del “*cepo*” al que se ata el alimento para hacer caer al animal silvestre como a los peces en el anzuelo? ¿O acaso “*cibus*” es la comida que se encuentra dentro del *cubo*? ¿No puede explicar ambas soluciones una jaula abierta con un *cebo* en su interior? Quizás, quizás, quizás...

Como en las series precedentes se presta mucha más atención a la “razón semántica” que a las leyes fonéticas, usadas tan sólo como brújula de orientación más que como un oráculo infalible. Los lingüistas olvidan que muchas veces son los vencidos los que, además de no saber escribir, transmiten la lengua del vencedor introduciendo modificaciones debidas al sustrato de su lengua materna. El latín de las provincias debía ser algo así como el francés de los senegaleses. Los sonidos de las lenguas ibéricas y el vocabulario de los pueblos prerromanos nos resulta bastante menos conocido que la lengua clásica de César o Cicerón aunque retrocedamos los textos hasta Varrón. ¿Qué importancia podían tener acaso para un campesino que no fuera latino el timbre de las vocales largas o breves, las cuales quizás solamente a duras penas lograría reproducir fielmente para hacerse entender?

Manolito Gafotas

Las **gafas** se han convertido en el signo externo del intelectual. O sea: el hombre culto que se arruina la vista al forzarla contra las letras (ya decía el poeta Berceo que escribir de noche a la luz de las velas es un menester pesado). Lo curioso es que el nombre castellano para designar tan útil instrumento óptico no hace mención en absoluto de los ojos ni de las lentes. La voz “**gafa**” viene del árabe y tiene el significado de “*curvo o contraído*”, como la mano que saca el agua de la aljofaina para mojarse la cara (de la misma raíz *qaraf* viene “**garrafa**”). Aquí se alude a los ganchos o garfios de las patillas que sujetan los anteojos o lentes a las orejas. La palabra (pensemos en “*agafar*”) nos ha venido a través del catalán, aunque en esta lengua se cambia el nombre de las **gafas** por el de “*ulleres*” (<*ull*, ojo). Como los leprosos tienen los dedos contraídos se les llamó “**gafos**”, lo que explica que a algunas personas torpes, y a las que todo se les cae de las manos, se les diga que están **gafadas** o bien que tienen **gafe**. Los leprosos debían anunciar su presencia en las calles dando voces o con el tintineo de una campanilla y posiblemente su aparición entrañaba un signo de mal augurio o de mala suerte tal como hoy la de un gato negro cuando se cruza en el camino. La denominación despectiva “**gafotas**” para llamar a los “*cuatro-ojos*” (casi siempre *empollones*) ¿se nutre quizás, salvo un error **garrafal**, de la misma fuente que asocia la agudeza mental con la miopía visual y la torpeza manual?

El patito feo

La voz “**feto**” se deriva de la misma raíz que “**fecundar**”. Ahora bien, ¿cuáles son los primeros **fetos** que contempla el hombre antes de disponer como hoy de las ecografías modernas? Probablemente el embrión que se ve flotando en la yema del huevo de la gallina o de doña Pata, señora de don Cisne. Y todos sabemos por experiencia lo que huele un huevo podrido. Del mismo modo, los abortos, ya sean naturales o provocados, colocan al hombre frente a un **feto**, un embrión de pocas semanas que no ha llegado aún a su feliz término. ¿No es comprensible que ese “**feto**” abortado fuese pronto “**fétido**”, desprendiese un **hedor** todavía mayor que aquel de las **heces** que manchan al recién nacido? Probablemente la idea de “**fealdad**” (<foedus) se vincule primero con el mal olor (<foetus) de la descomposición orgánica y, solamente después, con su penosa o mala apariencia física.

La palabra “**hez**” (<faex, facis) significa el poso, el cuajo, residuo u orujo presente en ciertos jugos o bebidas que fermentan dando alcohol. Tiene el aspecto del légamo o legañas, además de poseer un fuerte sabor y un olor bastante penetrante. En la voz “**excremento**” (<ex, cerno) se encuentra también esa idea de separar, discernir o cribar el grano. O sea: sacar fuera, dejar los restos. Las tierras vírgenes, en las que se introduce la “**semillita**”, se **fecundan** o hacen fértiles con las **heces** (<facis). El **feto** resulta ser así el fruto logrado de la **fecunda** tierra madre, una tierra que se nutre de aguas **fecales** para darnos la **fécula** de las patatas. Pero dejemos tanta **fecundidad** al bueno de don **Facundo**, al que ciertamente no le faltan semillas, palabras ni “parábolas” en la boca. Algunas caen juntas en buena tierra y fecundan con facundia las conjugaciones; otras se dispersan o caen en saco roto perdiéndose la semilla. ¡Qué se puede hacer!

La fe en la agencia Efe

¿Nace la voz “**fuego**” del soplo de la /f/ labiodental con que se aviva o se apagan las llamas? Es una cuestión de fe en el mensajero de la noticia. Y probablemente se necesita la confirmación de esa misma fe para seguir manteniendo fielmente el aliento de la /f/ en el vocablo “**fumus**”. El aire no sólo propaga las llamas y el **humo**, ambos *fugaces* como los *fugitivos* a los que hace huir sacando de la madriguera quemada, sino que también difunde el mal olor ventilado en la atmósfera. Los campesinos queman los cadáveres de animales muertos en alguna inundación para evitar así las epidemias. El **fuego** purifica, pero el **fumo** hiede tanto como el **fiemo** o estiércol del muladar. ¿Será casual que ¡fo! sea la exclamación más usada para señalar la **fetidez**?

Alea iacta est

En el *cubilete* o cuba de los “*dados*” (o **cubos**) cada tirada nos arroja o nos “*da*” los “*datos*” del problema aleatorio. **Caben** o tienen *cabida* en el **cubo**, además del **cibus** o **cebo** alimentario, varios modos posibles de caer estable el dado sobre la tierra. El **cubo** lanzado, como si fuese una *cabra*, hace *cabriolas*, volteretas *caprichosas*, *cabezadas* al azar en varias direcciones. Así también cualquier arca de Noé (un *cubo* de madera cuyo timón es la rueda de la fortuna y que sirve de *cubil* a toda la fauna) cabecea en la tormenta, sacudida la frágil nao por las olas gigantes y el viento furioso. El vocablo “**gobernar**”(<**ciber**+**nao**) significa “*pilotar la nao*”, “*dirigir la nave*”. Su raíz griega /**cib**-/ es la misma con que se designa la acción de “ *echar los dados*”. Cuando César atraviesa el Rubicón lanza su cubo de Rubrik y se dice para sus adentros: “*Vamos a ver qué pasa ahora...*”. Los **cibernautas** también navegan “**gobernando**”, esto es dirigiendo con el timón las “*turbulencias*”, tirones o sacudidas azarosas del “**cubilete**” del “*mouse*” hacia el puerto de una meta precisa. Marinero, buena suerte tengas y el pulso firme en el Casino de la “*Rosa de los Vientos*”... ¡Cantinerero de Cuba, Cuba...!

La “o” del rey Canuto.

Tanto va el lingüista con su “**cántaro**” a la fuente que, al final, se enturbia el agua y no se reconoce ni siquiera la fuente. Suele decirse que la voz “**cántaro**” deriva de una palabra griega cuyo significado es propiamente el de una clase de “*escarabajo*”. También podría decirse que, dado el aislamiento verbal de la metáfora entomológica, las aguas del río fluyen más bien en un sentido inverso. ¿Se llama el **cántaro** así por su parecido con el insecto? ¿O es acaso es el insecto el que recibe su bautismo por la forma similar de la vasija? El **cántaro** de agua, cuando se rompe en tierra hecho añicos, nos deja “**cantos**”, trozos que lógicamente no están aún rodados y tienen sus puntas o esquinas como las rocas de los **acantilados** o las piedras de las **canteras**. No sería extraño que pedazos de tinajas sirviesen como material de ocasión para la construcción de algunas paredes.

Y bien: ¿tiene parentesco el **cántaro** de agua, la fuente **cantarina** y la flauta del **encantador** de serpientes metidas en una **canasta**? ¿Y qué hay del **canto** desafinado de quienes le piden más vino de garrafa a doña Asunción en las **cantinas**, esas bodegas cortadas a pico en alguna cava subterránea en donde se **acantona** las botellas en un rincón? La raíz de “**caña**(*<canna*) nos da voces como **cánula**, **cañón**, **cañaveral** o **cañería**. Y ¿no evoca la **caña** al barro del **cántaro** o cerámica con dibujos incisos? También las **cañitas**, huecas por dentro como la cerbatana, sirven como “pajas” o “pitillos” para sorber el agua de los recipientes. O hacen de **caños** en las fontanas semejando a la flauta de Pan en la boca de algún sileno o de un “grifo” mitológico. ¿Tiene alguna relación el verbo “**cantar**” (*<canere*) con el sonido de la dulce **caña** o dulzaina? ¿Es el aullido lastimero de los **canes** como el viento que sopla **canoro** a través de algún tubo roto? La música de “*la caña silbada de artificio*” amansa a las fieras, **encanta** con su **canción** a las serpientes (¿no vemos aún en Oriente las **canastillas** dobles atravesadas por una **caña** como las albardas de una burra?). Y los escribas, usando **cañas** como plumas, afilan la punta. La **caña** se hace **cuño** y **cuña** para **acuñar** moneda o bien hacer incisos **cuneiformes** en la arcilla húmeda. Y del **cuño** al “**cono**” femenino no hay más que una letra o alguna errata. Pero ya hemos dado bastante **caña** doctrinal con el **canon** o la regla que disciplina a los **canónigos** armados con el derecho **canónico**.

Más cuento que Calleja

¡Cuántos **cuentos** y cuantas **cuentas**! Las **cuentas** del collar - habas *contadas* o *cantadas* - auxilian a la flaca memoria. O la **cantinela** que desgrana los muchos granos del viejo rosario. O el coro escolar que nos **canta** con su *ritmo* monótono la *aritmética* tabular. Y también cumple tal misión de recordatorio manual los nudos del pañuelo. ¿Han servido acaso los nódulos de las **cañas** (<*canna*) para contar? ¿Deriva tal vez de la raíz “can” (o *kwo) la **quantitas**? La palabra “*genuflexion*”, antes que ponerse de rodillas, significa “*doblar por el nudo (<genus) de las ramas*”. ¿No es lógicamente el “nudo” (*genus*) el punto más indicado para flexionar y romper las **cañas** contando con sus palillos las generaciones? Los *tallos* de las **cañas** sirven para *tallar*, del mismo modo que el **canon** es la “*regla o norma*” que sirve como medida oficial (¿no es la varita del maestro o del director de orquesta que mide los tiempos del compás musical un residuo de la vieja **caña** de la doctrina?). Tal vez las casualidades del idioma sean obra de los malvados **encantadores**, pero es *encantador* poner el **acento cantarín** (<*ad, cantum*) en las “íes” que no llevan su punto como Dios y la ortografía mandan.

Tal para cual

La vestidura **talar** llega al **talón**, justo encima del **tacón**. Y los árboles, si no queremos que el **taco** del **tacón** sea alto, se **talan** a ras de tierra. ¿Deriva la partícula “**tal**” del **tallo** que sirve para **tallar** sobre una escala graduada con muescas de navaja en una regla de madera? Claro está que los nudos de las **cañas** no son nunca regulares, aunque sirven para medir el **tamaño** (<*tan magnus quam...*) si la *caña* es siempre la misma (**canon**). En una palabra como “**talonario**” se ve claramente que la raíz “**tal**” está especializada para señalar una **cantidad** (<*quantitas*) o una *cualidad* mensurable, comparable. De **tal** a **cual**, o **tanto cuanto**.

El Corte inglés

Las “**películas**” digitales ya no tienen **piel**, **pellejo**, **células**, **celdas** o **celuloide** plástico. Se acabó la “**celulitis**” de los cinéfilos. Las **filminas** han sido sustituidas por los discos quemados con luz de láser. Sin embargo, todavía podemos distinguir entre películas **cortas** o de largo **metraje**, aunque el metro no mida ya el espacio enrollado de la cinta filmada sino el tiempo de rodaje del “**film**”. En los viejos discos de vinilo se diferenciaba entre aquellas musicales “ruedas” extremistas que giraban veloces a 45 revoluciones por minuto (r.p.m.) y las otras, más conservadoras (o sólo reformistas) que daban vueltas más lentamente a 33 r.p.m. Hoy todas ellas figuran con un q.e.p.d.

En cualquier caso, las **películas** nuevas se **cortan** con las insulsas pausas publicitarias como antes de ayer se **recortaban** con la tijera de los censores. ¿Cuál es el primer **corte** que hace más **corto** cualquier café **cortado**? Probablemente **cortar** la **corteza** del pan o la **corteza** del árbol precede a **cortar** la **cortina**. En su día el cine sonoro **cortó** o **truncó** muchas **carreras** de actores, como el **tronco truncado** por el tajo del hacha **corta** un camino viejo pero **acorta** con un **atajo** un nuevo camino aún por abrir en la espesura del bosque. ¿Deriva “**cortar**” quizás de la misma raíz que “**cuartear**” o “**descuartizar**” como hace el verbo “**diezmar**” de la decena? Claro está que al doblar las **cuartillas** salen las **octavillas**. ¿O bien tiene “**cortar**” relación con las raíces de “**curtir**” o de “**cutis**”? ¿No se llama **cutex** a un cuchillo? Muchas veces **cortando** el pan nos cortamos también la **cuticula** de la piel.

Eco, un alter Ego

Si *Narciso* es el hambre, la ninfa **Eco** son las ganas de comer. Quien ama contemplar su imagen reflejada en el espejo de la laguna ¿no es justo y necesario que se le castigue ejemplarmente con escuchar también con megafonía sus propias palabras? Los narcisistas son la quintaesencia de la juvenil **egolatría**. El amante de sí mismo pasea su “Yo” como los demás hombres arrastran su sombra alargada. ¿Cuál es el origen de la voz “**ego**” cuya evolución sonora nos da el gozquecillo de nuestro humilde “yo”? La raíz verbal más cercana a “**ego**” es la partícula “**ecce**” o “**eccum**”, que aún sobrevive en el italiano “**ecco**”. El sentido podría expresarse así: “*Esto es*”, “*aquí está*”, “*he aquí*”. En definitiva: aluden a la súbita presencia de algo. ¿Y no es acaso precisamente *eso* mismo lo que quiere decirnos a todos la afirmación de la primera persona? “*Aquí estoy*”, “**eccum**”, “**ego**”, “*éste que veis*”, “*voici*”, ío, ich, yo ...

Las cuevas, la primera casa del hombre primitivo, albergan juntas la resonancia de las bóvedas y los lagos subterráneos. ¿No es ese quizás el *humus* ideal del que brota seguramente la flor de la leyenda mitológica del joven Narciso y su rabo, la estúpida ninfa **Eco**? En las grutas las pintadas rupestres son (además de una petición a los dioses del bisonte nuestro de cada día) la marca personal del poseedor, la señal o impronta de que allí habita algún morador: “*Villa Cromagnon*”, “*Cuidado con el perro*”, etc. Cuando entramos en un caserón deshabitado nos anunciamos, gritamos al vacío, siguiendo tal vez un viejo atavismo, nuestra presencia invasora en aquel espacio desconocido: “*Ah, de la casa..*”, “*Que voy...*”, “**eo...**”, “*Aquí estoy*”... “*Héme aquí...*”. ¿Es acaso el origen del nombre “**eco**” sencillamente la repetición especular de la voz “**eccum**” en una *spelunca*? Tomemos tal idea fantástica con la misma actitud realista con la que un filósofo escucha el mito de la caverna. “**Ecce Homo**” (o sea, “yo soy”, he aquí el hombre en cuestión)

Y tú, tururú...

La expresión “**tururú**” parece aludir quizás al sonido de la corneta del pregonero en la plaza pública y con dicha onomatopeya se quiere hacer burla de aquellos sordos que no se enteran de nada más que del son de la trompetilla de marras. En cualquier caso, no es en absoluto hablar al **tun-tún**, golpear a ciegas, o decir alguna cosa **tonta**, si hacemos hincapié en la evidente naturaleza sonora del **tantam**, del **tambor**, del **timbal**, del **tintineo** o del verbo “**retumbar**”. Las “**tumbas**” son unas fosas hondas y oscuras que resuenan haciendo eco al dejar “**caer**” (fr. **tomber**) en ellas alguna piedra o el mismo “**fiambre**” sin la fiambreira. Del latín nos viene también la voz “**tunda**” o “**tundido**” (<*tun, do*) cuyo significado es “**dar golpes**” (“**tudes**” es el martillo en latín). No es extraño así que “**turulato**” sea “**estar atontado**”, como alguien que ha recibido en la cabeza una afrentosa **tunda**, una **tanda contundente** de palos, una **tangana** “so la manta” (en alemán “**dumm**” o “**tonto**” nos revela el mismo origen). ¡Quién sabe si todos los golpes se dan escalonados de una forma sucesiva! Al menos eso se refleja bien en una hermosa imagen de la antigüedad clásica en la que varios herreros se alternan o turnan golpeando con el martillo: **tú, tú**, ahora golpeas **tú**, luego **tú**, después **tú**, *etc.* (<*tun, tunce, entonces*). Sin embargo, no parece demasiado probable (ni demostrable) que nuestro pronombre “**tú**” sea la superficie visible de una vieja estructura profunda que diga: “*Ahora te toca, golpea tú*”. Se trata aquí de una corazonada, de una “**intuición**”, una voz que significa en latín “*ver o mirar dentro*” (<*in, tuitio*). Del verbo “**tueo**” nos vienen “**tutor**” o “**tutela**” con el sentido de “*mirar por los intereses de un menor*”. No hace falta ser un fenomenólogo para saber que toda mirada fija se dirige a un objeto como término de la visión. A veces no hace falta hablar siquiera, basta con el disparo del índice y una “mirada” profunda (**tú**) para sentirse aludido: “**tun**”, ¿eres **tú**? Sin duda César en las idus de marzo no tuvo que decirle nada a Bruto cuando a éste le llegó el turno de hundir en su pecho el puñal: “**Tú quoque ...**”.

Nos, que valem tanto como vos...

¿De donde se originan las formas pronominales “*nos*” o “*nobis*”? El vocablo “*noble*” significa en un principio “*conocido*”, todo lo contrario que cualquier vulgar plebeyo “*indocumentado*”, sin casa solariega ni un tronco genealógico de cien antepasados reconocidos. El vocablo se relaciona con “*nosco*” (*conocer*). El *snob* es el burgués (<*sin nobleza*, *s.nob.*), un palurdo *parvenu* que solamente imita como un simio los gustos similares de la verdadera *nobleza*. ¿No somos “*nosotros*” los que nos “*conocemos*” todos, la panda, la tribu, el clan sin exclusiones?

¿Y quién es El?

Ni “*tú*” ni “*yo*” (salvo que el feminismo lingüístico los haga sexuadaos metiendo de matute alguna arroba @ vuelta del revés) precisan un género gramatical. Ambos estamos (de *tú* a *tú*) demasiado cerca para vernos, y aún olerlos, los consabidos atributos masculinos (o femeninos). Quienes juegan al tute en la mesa ¡por Tutatis! se acaban *tuteando* jurando por la misma diosa del Azar. Pero no sucede lo mismo con aquellos pronombres que viajan en la tercera clase: ¿Es *él* o *ella*? Cuando alguien está ausente se requieren dar más datos. Y el ausente más conocido (además de Primo de Rivera) es Aquel al que en lengua hebrea se denomina *El*, *Eli*, *Elohim*, o, en el islamismo, *Allah*. A Dios, según Juan, nadie lo ha visto (salvo los santos). Algunos *ultras* de la filología semítica relacionan el monosílabo “*El*” de la religión monoteísta con la raíz “*uls*”, pero a falta de *ulteriores* hallazgos, y para no caer en grave *ultraje*, preferimos no ir más lejos y quedarnos los *últimos* antes que se haga una *úlcer*a que nos atravesase perforando las vísceras “más allá”, del lado del absolutamente Otro. ¿Es el latín “*ille*” la forma débil, casi secularizada, del nombre inefable de Dios? *El* sabrá... Yo, lo que *El* me diga.

Singular y plural

La voz “*singulis*” ha dado en francés “*sanglier*”, pues el jabalí o “cerdo salvaje” suele ser un animal que tiene fama de andar solitario por el monte. Y también en la misma lengua francesa se llama “*sanglot*” al sollozo o llanto. En este caso el origen no es “*singulus*” sino “*singultus*”, voz que además de designar el llorar tiene también el sentido de “goteo”. Y como las gotas caen “de una en una” y los dos nombres se parecen como una gota de agua a otra gota de agua, es razonable pensar si entre “*singulus*” y “*singultus*” existe alguna relación. La raíz “*glu*”, presente en *deglutir* o *aglutinar*, nos hace ver que el pegamento (lat. *gluo*) se vierte como hace el colirio, el licor valioso o el agua de la clepsidra en gotas “*singulares*”. Y al *singular* se opone el *plural*. En latín “*plus*” significa “más” y sería una audacia sin sostén la asociación con la onomatopeya “*plu*” del agua o *pluvia* si no fuera un caso singular su oposición a “*singulus*” entendido como goteo. ¿Se funda la oposición en la velocidad de caída de las gotas en los goteros? De “*una en una*” (*singulis*) o “*a chorro*” (*plures*). Por supuesto, esta hipótesis no es un “*tragalá*” sino una degustación.

Tristán e Isolda

Un hecho evidente para cualquier oído afinado es que muchas de las palabras cuyo radical es “*tr-*” nos evocan un “*rrruído*”, un objeto que se rompe o bien se arrastra con una *tracción* mecánica en la que se produce algún rozamiento o una *fricción* en un *engranaje* de ruedas. Así tenemos “*troquelar*”, “*trepanar*”, “*trepidar*”, “*trizas*”, “*tripas*”, “*tropezar*”, “*trueno*”, “*estruendo*”, “*truncar*”, “*destrozar*”, “*triturar*”, “*traca*”, “*traqueteo*”, “*trompeta*” (sobre todo si la “*trompa*” del narigudo elefante estornuda), etc. ¿No es comprensible que si el *trenecito* descarrila el niño se quede *triste* ante el *trasto* roto y lance algunos *trenos* como el profeta Jeremías? Los *trastos* tienen como fin el *trastero*, la *trastienda*, la parte de *atrás* o *trasera* (o sea, el culo).

La palabra “*trasto*” deriva del *travesaño* o *traviesa*, el banco o viga de los remeros que, lógicamente, como sucede en las puertas, tiene una colocación de *través* o *atravesada* (<*trans*, *verter*) respecto a la longitud

de la nave. O sea: vuelta o girada del otro lado. **Atravesar** es *cruzar*, algo que hacen siempre los *cruceros* de un puerto a otro (toda cruz moderna es una barra perpendicular a la vieja “cruz” de un solo palo). Los condenados a galeras realizan la **travesía** purgando algo más que la **travesura** de un pícaro **travieso** que hace las cosas con cierto retorcimiento. Vamos, que no va derecho por el buen camino. Y como los **trastos** o bancos de remeros están en filas ordenadas, unas más **atrás** o **traseras**, también se dice con una metáfora “**trastes**” a las barras alineadas del palo o mástil de la guitarra. Y acabemos ya con tanta **trastada** diciendo que “**trans**” o “**tras**” (como “**per**” en *perno*) debe tener su origen en alguna raíz que sugiere la idea de “traspasar”. La palabra “**taladro**” (<*tara* + *trum*?) ¿no vendrá acaso de “*per-forar*” o agujerear la madera, la **tara**, con la misma raíz de **taracea**, **tarima**, **tarascada**, **tarugo**?

Strip-tease

El hombre jamás se encontró de veras siendo un mono “**desnudo**” hasta que no estuvo “vestido” (al menos con la hoja de parra). La misma voz “**desnudo**” nos señala claramente con la partícula “*dis*” el buen orden de la secuencia temporal. Antes de **desanudar**, debemos **anudar**. Ahora bien, ¿qué clase de **nudo** hemos de **desnudar**? El telar de la fiel Penélope nos ofrece alguna idea. En latín el verbo “**neo**” (o *nevi*, *netum*) significa “*hilar*”. De modo que, estirando de ese *filón*, se puede afirmar que el sentido de “**desnudar**” viene a ser propiamente “*destejer*” o “*deshilachar*”, soltar los **nudos** amarrados del tejido.

En aquellos tiempos en los que aún no había telares, las primeras agujas de coser tuvieron que ser diminutos huesos de marfil en punta y los primeros hilos de la trama los **nervios** (*nervus*, *neuro* <*nevi* o *hilo*?); o sea, los *tendones* que, *tensados* o *extensos*, sostenían las *tiendas* o juntaban las pieles animales como abrigo. Coser es un oficio común al cirujano que cierra una brecha y a la costurera que remienda una red de pescar. Claro está que algunas veces la dureza de las pieles exigía usar un hueso más duro, capaz de atravesar de parte a parte. Para esos trabajos nos servimos hoy de clavos grandes o “**pernos**”, una palabra que recuerda al hueso del **peroné** o al **pernil** y, por extensión de una parte al todo, a toda la “**perna**”. ¿Estamos aquí ante un compuesto de la partícula amplificadora “**per**” y el verbo “**neo**” (*hilar*)? ¿Son los **peronés** primitivos “carretes” de hilo enroscado (*peri*, vuelta)? En latín “**perneo**” significa tejer o hilar “*hasta el fondo*”, aunque resulta en grado sumo “**pernicioso**” (<*per* + *nex*, muerte) si las Parcas se quedan sin hilo para dar puntada o bien lo cortan antes de tiempo.

Pero además de coser (<*neo*), el lienzo que se lava con agua y ceniza, como en las abluciones rituales, nos parece casi “**nuevo**”, sin estrenar, “*purificado*” hecha la “**penitencia**” (<*limpiar penas*), tan blanco como la nieve (*novus*, *nuevo*; *nevi*, *hilo*, *nix*, *nivus*, *nieve*). O, al menos, brilla o “*resplandece*” (<*niteo*) y queda así **neta**, **nítida** (cat. “*netejar*”, limpiar). Y que la raíz “**net**” se relaciona sin duda con el verbo “*hilar*” (<*netum*) nos lo “aclara” el mismo “**internet**” (en alemán “*netz*” es red también).

¡Por las barbas de Neptuno!

Neptuno viene a ser como el abuelo Santa Klaus, pero vestido con unas bermudas playeras. Pero antes de mandar sobre las espumas de las olas, el monarca **Neptuno** fue protector de las fontanas y el dios de las **nubes** o **neblinas**, esas masas de aire tan parecidas a los copos de **nieve**, o de lana o algodón. De la raíz /**nub**/ o /**neb**/ deriva su nombre el Poseidón latino. Lo que no está claro como el agua de la fuente es la vinculación del abuelo del tridente con voces como “**nepta**” (*nieta*) o “**nepos**” (sobrino o nieto). En latín “**nepos**”, además de designar un grado de parentesco, toma también el sentido de “gastador” o “*manirroto*” (cosa que no hay que explicar en absoluto al tío que debe cerrar el grifo). Y “**nebulon**” tiene el significado de “*bribón*” o “*pillo*” (quizás porque todos los sinvergüenzas velan u ocultan sus intenciones). Pero la relación es bastante brumosa, como también resulta vagoroso asociar “**nepos**” a la raíz de “**neo**” (*hilo*) con el apoyo o estribo de que se prolonga el hilo o **nexo** de la filiación de “*filius*” (**nixi**, son los dioses que favorecen los partos). quede la trama suspendida del hilo *sutil* ... como una “araña” negra (<**nepa**, con perdón de los escorpiones de agua o los cangrejos).

Atila, una tila

La campanilla de las puertas suena “**tilín**”; las campanas de la iglesia hacen “**talán**”, y el cencerro de las vacas “**tolón**”. En cualquier caso, **tilín** o **talán**, el ruido nos “**atolondra**”. Todas las campanas, sean chicas o grandes, llevan un badajo de hueso o metal y una cuerda **textil**, que no debe ser necesariamente hecha de *tilo*. Las **telas**, si son de hilos finos, delicados o delgados son tan “**sutiles**” (<*sub, tela*) como la mente (**nous**, <*neo, hilo*?). Cuando las **telas** son gruesas se llaman “**telones**”. Quienes han visto al sacristán redoblar las dobles campanas tirando esforzado de la cuerda, perciben la semejanza con el balanceo de una báscula. En latín “**talantus**” (préstamo del griego) designa el nombre de las *balanzas* o de las *catapultas* (**telum**, proyectil). Y el **talento** es la moneda valiosa que se pesa en el **talantus**. Está claro que la voluntad o **talante** de la balanza se inclina con decisión hacia aquel platillo del **talantus** que tiene más peso o “**talentos**”. Sin embargo, algunos, que no han leído al publicano Mateo, guardan ocultos sus **talentos** por miedo a ser *catapultados* hacia la voluble fama. También Cristo pedía, sin lograrlo, que no se divulgaran sus milagros.

Don Preguntón

En los **cantos** o esquinas se ponen **conteras**, como el remate de metal que llevan añadido en la punta algunos bastones. En latín **contus** es el nombre de una pértiga. Los ciegos tantean con el bastón, como también los barqueros con la percha sondean el fondo de una laguna. De ahí que **cunctiare** o **cunctare** signifique “*dudar, vacilar, inquirir, sondear*”. Si se añade la partícula intensiva “**per**” tenemos **percunctiare**, “preguntar”. Por otro lado, el verbo “**cuestionar**” viene de la misma raíz de “**querer**” o “**inquirir**” (<*quareo*), esto es, “*buscar*”, “**encuestar**”. En cuanto a “**interrogar**”, parece salido de la lengua judicial y alude probablemente a las preguntas o **interrogatorio** “entre los *ruegos*” o peticiones formuladas, antes y después, ante el tribunal en la causa forense.

¡Arrepentíos!

Todo **arrepentimiento** surge de **repente**. O sea: de un modo brusco, violento, súbito o instantáneo. ¿Cuál es el origen de la voz “**repentino**”? La raíz más cercana es la de “**pender**” (colgar, pesar). Vamos a suponer que una balanza de doble platillo está en **reposo**. En un lado se ponen varios **pesos** que la inclinan. Después se “*igualala el peso*” (<**rependo**) colocando otras *pesas* en la otra balanza. De **repente** se provoca un cambio brusco de dirección, un equilibrio del **pesar**. Un “**arrepentimiento**” que establece la *justicia* o “rectitud” entre las dos partes desequilibradas de la balanza. El **arrepentimiento** implica una conversión, una vuelta atrás, un volver al orden. Y para eso se requiere una “**compensación**”, el pago de un *pena*, una “**penitencia**” (< *poenu, niteo?*, “*limpiar la falta*”). En cuanto al vocablo “**pendencia**”, que se hace derivar de “**penitencia**”, no se entiende muy bien la inversión de la evolución semántica. ¿El acto de contrición provoca acaso nuevas rencillas? Las **pendencias** parecen cosa propia de “**pendones**”, de riñas o peleas entre clanes, bandas y banderas rivales que manejan las hondas o **péndulos**.

Cobrar la prima

El escritor que recibe una *prima* como *premio* tiene *apremio* o *premura* para ser el *primero* en dar alguna *primicia* como nueva al lector. Sin embargo, la *prisa* que provoca la *presión* de *imprimir* el *primero* en la *prensa* (la huella o *impronta*, *pronto*) no siempre hace posible divulgar entre el vulgo los *primores* de lo vulgar. A veces los *primeros* en salir a la palestra de las artes gráficas nos parecen un tanto *primitivos*. ¿Qué hace especial a los números “*primos*”? Como los nobles, tales números “*raritos*” solamente se permiten tener parte, o trato aparte, con ellos mismos y con el *Uno*, el Rey. Así el número **3** (trinidad); el **7** (días de la creación) o el **13** (Judas, la oveja negra de Jesús y los doce). ¿Cuál es el origen de la voz *primus*? Probablemente pertenece a la misma familia que “*pre*” o “*pro*”, las cuales nos señalan ya la dirección de marcha hacia adelante, como “*per*” o “*per ad*” nos dan *por* o *para*, hacia un final o meta “*por*” (o cruzando a través) un camino o método. Tal vez *primus* no sea acaso sino una desviación de “*promo*” (<*pro*, *emus*) cuyo sentido es “*salir, sacar fuera*”, de donde el sentido de “*comprar*”. Toda “*promoción*” no hace sino “*mover afuera*”, “*sacar*” las novedades a la calle. Y quien llega *primero*, besa el santo y se lleva como regalo la ganga de la peana.

Pípi, pupú...

En la lengua griega existen dos raíces léxicas muy próximas que confluyen en la palabra “**escatológico**”. Una de ellas significa “*último*”, y así la “**escatología**” trata de aquello que puede haber después de la muerte inevitable. Otra, en cambio, significa “*excremento*” y explica la tendencia pueril, propia de la fase anal, al “*culo, ca-ca, pi-pi*”. O sea, la **cacofonía**. Quizás, si la vida es una mierda, lo que venga tras ella sea algo semejante a lo que termina o pone su final (<*scathos*) a nuestra digestión. En cualquier caso, la *escatología* se presta particularmente al humor negro... o marrón, como las castañas o la caca. Sin duda los latinos tendrían sus propios chistes para asociar satíricamente la “**minga**” con la raíz “*minus*” de “**menguar**”. ¿No se habla aún de la “**minina**”? Quizás el sentido despectivo de “**mangoneo**” (de *mano*) derive acaso de cierta acción efectuada con la “**manguera**” que vierte la **micción**. Del sonido de la orina fluyendo (*piiss...*) procede el **pis** o el “**pixar**” (*mear*) con la **picha**. Un mosaico en el que se ve a un “pez” (<*piscis*) con forma de pene arrojando agua a la **piscina** nos revela lo que ya sabemos y puede verse también en una célebre fuente de Bruxellas: la fácil asociación de los genitales con las fontanas (pensemos en los mitos: la espuma del mar como esperma, la concha de Venus, etc).

Vamos ahora a “**mear**” (<*meio*) fuera del tiesto. O sea, a salirnos fuera de nuestro pequeño vaso u orinal, de nuestro territorio delimitado. Bebemos en una fuente o pozo ajenos. Los antiguos, duchos en la caza de animales salvajes, sabían sin necesidad de libros de cinegética que las fieras marcan su dominio con la orina sobre algún árbol o planta. ¿Acaso esa observación sobre el terreno les proporciona la idea de posesión en la gramática? ¿El genitivo “**mei**” (<*meus*, de *mí*) tiene alguna vinculación con “**meio**”? Una vez más, no podemos sino hacer una sugerencia, y el que pueda hacer más, que levante la mano para hacernos el servicio a todos los demás.

De Guatemala a Guatepeor.

El hombre vierte en el lenguaje su estado de humor, su sapiencia aburrida o su festiva ignorancia. En Centroamérica se usa decir “*cuate*”, y lo demás ya es “coser y cantar” para concluir el chiste fácil con el remiendo de crear el neologismo “*Guatepeor*”. Si de *malus* vamos a *peius* se debe tal vez al *peso* influyente de la “*p*” de *pésimo*. Pero ¿a qué causa se debe el cambio del radical de “*bonus*” a “*melior*”? ¿Acaso subyace aquí la comparación extremada “*mejor (<melior) que la miel*”? También es posible que esa dulzura de la miel, casi *meliflua*, se traspase a “*melos*” (*música*) para dar la *melodía* vocálica de la voz “*melosa*”. O bien la “*melancolía*” de la *bilis* negra de las personas “*atrabiliarias*”.

La que se avecina

En latín “*vicus*” significa “*aldea*” o “*pago*”. ¿Están *vinculados* tales *vicus* entre sí como los pueblos *vencidos* por alguna ciudad *victoriosa* (<*vinco*)? ¿Deben *pagar* las *tribus* paganas *tributos* o *contribuciones pecuniarias* a quienes las subyuga como si fueran un buey bajo el yugo? En cualquier caso, los *vicus* están *vecinos* (<*vicinus*). Como es lógico las aldeas cercanas tienen asuntos comunes y también rivalidades. Cada *vicus* debe respetar el turno o la *vez* (<*vicis*) para pastar su ganado o regar sus campos. Unas *veces* un *vico*, otras *viceversa*. Si se rompe el *pacto de alternancia* (*unus, alter*) se acaba la *paz*. En los *vicos* el *vicario* hace las *veces* del párroco. Y lo propio acontece con el *vi(ce)rrey* o *vicealmirante* en relación al rey o almirante al que sustituyen. O con el Papa, *vicario* de Cristo (casi su *portavoz*)

En las *juntas* del *ajuntamiento*, parroquia o comuna *vecinal* algunos *vecinos* tienen *voz*, hacen de *vocales* (<*vox, vocis*) para tratar de los cambios o las *vicisitudes* de la vida comunitaria. Y si las ciudades tienen mucho ruido, en los *vicos* se escuchan las *voces* de los *vecinos* de la casa que se llaman o *invocan* (<*vocare*) a gritos. A *veces*, algunas *veces*, los *vicos* pequeños son un grande infierno. Pero de eso sabe mucho más el *vicario* de “Dios con nosotros” que el *vicario* saboyano de Rousseau.

Don Victor y Doña Virtudes

A nadie le puede extrañar que el primer monarca italiano se llamase de primer nombre **Victor** (o *Vitorio*) o bien que una longeva reina inglesa haya sido bautizada como **Victoria**. ¿Quién le pondría a sus vástagos, aunque fuesen unos bastardos, los nombres de “Vencido” o “Derrotada”? Del mismo modo, todos conocemos a alguna doña **Virtudes** (<*virtus*, o fuerza *viril*) pero jamás hemos escuchado nunca en el santoral el nombre de **Viciosa** (<*vitium*, caído, vencido?), salvo aplicado quizás a alguna villa o ciudad perdida. El verbo latino “**vinco**” tiene el significado de “vencer”. Las “**víctimas**” del holocausto, **convictas** o **convencidas**, nunca reciben los **víttores** o gritos de **victoria** (¡oe, oe, oe, oe...!).

¿Cuál es el origen de “**vinco**”? La raíz más cercana es “**vincio**”, o sea, “*ligar* o *atar*”. Entre **vencedor** y **vencido** se establece un **vínculo** (en leonés “**vinco**” es una argolla o anillo que se pone al cerdo en el hocico para que no coma). El esclavo **vencido** queda de algún modo ligado, atado física y legalmente a su señor o dueño por un lazo. En latín “**uncus**” quiere decir “*encorvado*” y deriva de la misma raíz de “**ungula**” o “*uña*” (propiamente *garra* o *garfío*, *uña larga*). La misma raíz se relaciona con “**uncir**” (<*iungere*, atar). Como en latín “u” y “v” son la misma letra, “**uncus**” se avecina a “**uincus**”. De manera que el *vencido* queda **vinculado** y se dobla inclinado (**uncus**) ante el vencedor o caudillo *victorioso* (<**uincus**).

El Diluvio universal

Tal vez el **Diluvio** universal fuese solamente una inundación local cuya moraleja acuática se ha **diluido** o *desleído* en “medio de los ríos” (<Mesopotamia). En nuestros días nos queda como la lectura *difuminada* e *infumable* (<humo) de un papel mojado que se ha salvado de la quema por los siglos de los siglos. ¿Disgregó el **diluviazo** las voces hasta dejarlas reducidas todas a monosílabos, finísimas raíces delicadas? Cada valle tiene también sus “*tormentazos*”, sus catástrofes naturales revestidas como *catarsis* colectiva. De un **valle** a otro **valle**, a **intervalos**, el hombre descubre que el sol sale para todos. Todas las culturas tienen sus dioses, sus días contados y su agricultura. Al bajar del arca salvadora, Noé echó el pie en tierra como si fuese un astronauta en la luna. El padre sembró la vid, pero **Sem** (padre de los **semitas**) sembró todas las demás **semillas**. Veamos a continuación el crecimiento de la raíz **/unk-**.

¡El increíble Unk!

1. La raíz **/unk/** nos da la voz “**unguis**”, uña.
2. Contar con las *uñas* nos da **uno, único, unir, unidad** .
3. Las *uñas untadas* nos da **ungüento, unto, ungido, unción**.
4. Las *uñas juntadas* nos dan (**i**)**ungere** o **uncir**, unir o atar.
5. Las *uñas largas* (o garfios) nos da **uncus** (curvo, como las **ancas**)
6. **Uncus** (corvo) nos da **onco** (tumor, bulto o inflamación, **angioma**)
7. Transformada en **/ank/** tenemos **ancilla** (“esclava” o argolla) o **ancora, ancas o anclas** (ganchuda)
8. También “**angulus**”, “**angula**”, “**estrangular**” (**ango**, estrechar)
9. Al estrecharse el *ángulo* se hace “**angosto**”
10. Todo lo **angosto** provoca “**angustia**”, *ansiedad* (<**ango, anxi**)

El evangelio según Mateo

Camuflada en el interior de la palabra “**evangelio**” (<buena nueva) se encuentra la voz “**angel**”. Estamos ante una voz compuesta de “**eu**” (*buen*) y la voz griega con que se designa la “nueva” o “noticia” (*angelion*). El “**ángel**” es el “*mensajero*”, el *misionero* o enviado (<*missus*) que lleva el recado, la carta o “*misiva*”. O sea: el palomo con las alas en su versión poética. El dios *Hermes*, patrón de los heraldos o correos, también lleva sandalias con alas como un símbolo de que las noticias corren veloces aquí en la tierra (solamente los ángeles del cielo se ocupan de soplar o “aletear” al oído las nuevas que Yahvé manda a los soñadores profetas). Pero también el cartero *Hermes* (o Mercurio) lleva un “caduceo”, una vara con dos culebras o **serpentin**as enrolladas. Los espartanos tenían una curiosa manera de enviar correos militares con mensajes cifrados para dar así trabajo a los “**hermeneutas**”. En un bastón o testigo enroscaban una tira o “**serpentina**” (algo así como las filacterias hebreas) en la que venía escrito el *lacónico* mensaje, un “*telegrama*” que solamente se podía leer si se enrollaba en otra vara de las mismas dimensiones. La voz “**anguis**” significa “*culebra o serpiente*”; y si “**acus**” es punta “**ancus**” o “**angus**” es estrechez o **ángulo**, vocablo pariente de la estrecha *angula* o “**anguila**” que tanto designa al “látigo” como a la serpiente. Y ahora ya vemos claramente que “**ángel**” o “mensajero” pertenece a la misma familia verbal que las **ángulas** o las **serpentin**as enrolladas (un rollo) con un texto escrito.

La misma raíz léxica /**ang-**/ hace referencia a un vaso o cesto, un recipiente (evidentemente la saca o estuche donde se mete el correo). El mismo fenómeno hallamos en la palabra inglesa “**mail**”, cuyo sentido es la “**mall**” (o *maillot*) en la que se mete el **correo**, que debe **correr** raudo en la diligencia del lejano Oeste para llegar a su *puesto*, de *poste en poste*, con las “**postales**”. Un saludo desde Grecia.

Menudo camelo

¿Qué origen tiene la voz “**camello**”? Desde la tierra de *Cam*, hijo de Noé, hasta el *Camerún*, todos los caminos y las pistas están abiertas (o sin desbrozar). Hasta resulta tentador, pensando en algunos “*camélidos*” como la llama y en algunos caballos enanos, señalar el parecido en la estructura fonética de “*ca-me-llus*” y de “*ca-ba-llus*” (el cambio en las bilabiales /m/ o /b/ no presenta mayor problema). Por otro lado, ¿tiene alguna relación “**camelo**” y “**camello**”? El verbo “**camelar**” es una voz de jerga y tiene el sentido de “*seducir*” o “*atraer*” y, como sucede que el “seductor” suele ser también hombre falso o embustero, adquiere en consecuencia el verbo la acepción contigua de “*engañar*”. La primera palabra (**camelo**) es frecuente entre la gitanería y la segunda (**camello**) entre los beduinos del desierto. Ambos grupos humanos son nómadas, dados al tráfico o el comercio ambulante. ¿Y no es habitual entre los mercaderes de paso el dar “gato por liebre”? O sea, un **camelo**. Cuando en lengua de germanía se habla de un “**camello**” como alguien que transporta droga, se entiende de un modo tácito que no sólo la pasa sino que la esconde u oculta, al igual que los **camellos** pueden servir para traficar con ciertos objetos robados o de contrabando. En la Biblia se da un caso del encubrimiento por una de las mujeres de Isaac de unas figurillas desaparecidas y ocultadas entre el bagaje cargado por los animales. Pero, además, los **camellos** traían desde el lejano oriente objetos de lujo que esperaban con ansía las mujeres en Occidente, especialmente las venecianas. Muchos de ellos servían como regalos de bodas, aunque no fuese don **Camilo** ni los dioses de tal nombre los que arreglasen el matrimonio.

El tricornio y las Carnestolendas

En la dictadura pasada (cuyo símbolo podemos ver en el *tricornio* de la benemérita guardia civil) se prohibieron las fiestas de *carnavales*. Antes de la *cuaresma*, la “*carne*” de las que se nos va a privar en una *cuarentena* (*carne, tollere*) toma su desquite por anticipado. O sea: ¡Que nos quiten lo bailado! ¿Tiene vinculación la *carne* de res o la *carne* de los *carneros* con la raíz de los *cuernos* o las *cornetas*? En otro lugar advertimos que la “*cabra*”, como los *cabestros*, llevan inscrito en su nombre la raíz de la *cabeza* (<*caput*). Las caprichosas *cabras*, cuando se *cabrean*, no embisten tanto con la testa o la testuz como con el doble *cepo* o tronco de la *cornamenta*. En latín el verbo “*cernuo*” significa “*humillar, bajar la cerviz*” (¿no lo hacen los *ciervos* para *embestir* como *bestias*?). Y el verbo “*cerno*” tiene el sentido de “*cribar*” o “*discernir*”, esto es, “*distinguir o ver claramente*”. ¿No se cuentan las cabezas de las reses o las testas de los prisioneros? La voz “*córnea*” designa algo duro, que bien puede ser el *cuerno*, el cristalino del ojo o los mismos granos de maiz (*corn flakes*). Sin duda, el hombre primitivo tuvo que usar o valerse de los *cuernos* como auxiliar de los colmillos para desgarrar la *carne* dura de los viejos animales. ¿No es bastante razonable que de ahí se pase luego a denominar “*carne*” toda bestia que se come aunque no tenga *cuernos*?

Breves, bravos y brevas

La mera casualidad ha hecho que la voz “**breva**” (<*bifera*) coincida con “**breve**”. Sin embargo, no deja de ser un hecho palpable que, si una higuera es “*dos veces feraz*”, se acorta o haga más **breve** también el tiempo o la espera de la recogida. ¿Cuál es, en realidad, el origen de la palabra “**breve**”? ¿Tiene relación con la raíz de “**bibere**”? En los **abrevaderos** las mulas **beben**, hacen un alto o *pausa* que no puede ser demasiado largo si no se quiere retrasar la marcha. Ahora bien, los **abrevaderos** se sitúan en los **vados** (<*brevia*), esto es, en aquellos lugares estrechos y de poco fondo en los que tampoco fluye la corriente demasiado veloz sino remansada. Casi podría decirse que en los **vados** o pasos previos el río se parte justo en dos mitades *previas*. Los “**vados**” son adecuados para los **evadidos** que huyen con prisa *pisados* por los carros *pesados* del faraón que los persigue. Si adviene una crecida del brazo de un río, la avenida hace desaparecer el **vado** y, entonces, lo mejor es decirse “**vade** retro”: marcha atrás. O bien ser anegados por el torrente impetuoso que cose las dos mitades *previas* del agua partida. ¿Se debe el vocablo “**breve**” a la “**brevedad**” con la que circula el agua en el **vado** estrecho y poco hondo? Pues si no fuese por esa lentitud podría decirse bien que las aguas no son **breves** sino **bravas** (un *blavero* o un germano diría que son además *blavas*, azules como el mar en Aiguablava). Y para que la **sed** (<*sitis*) sea *saciada* (<*satis*) es ya *bastante* que el **vado** no haya sido envenenado con algún **brebaje**.

Un valle de lágrimas

Queda claro que una *empalizada* se hace con los mismos *palos* con los que se da una *paliza*. Lo que no está ya tan despejado, como un espejo sin el vaho de la niebla, es que las *vallas* de madera, con sus lápices en punta dispuestos en círculo, sean la metáfora de un *valle* rodeado por una gran muralla de torres con almenas. En cualquier caso, de “*valle a valle*”, o entre “*valla y valla*”, el gallo Quirico le canta al sol naciente, siempre a “*intervalos*” regulares. ¿Cual es el origen de la palabra “*valla*”? Una raíz vecina es el verbo “*valeo*”, esto es, “*fuerza, salud, vigor, resistencia*”. Y ciertamente el *vallado* de la fortaleza (o empalizada) nos hace resistir con *valor* o *valentía* a los *invasores* que descienden de las montañas al *valle* saludable e *invadido*, o acaso atraviesan sin oposición los pasos o *vados* fluviales que suelen hacer de *limes* o fronteras naturales. Y ahora, ya *vale*. *Salud*, saludos desde *Valencia* a todos mis paisanos del *valle* del Ebro.

Te dejas las lentejas

El cantante John *Lennon* jamás habría vendido sus derechos de autor solamente por un plato de *lentejas*. Y a las purgas de los secuaces de *Lenin* nadie las acusará nunca de “*lenidad*”. En latín la raíz “*leno*” tiene el sentido de “*blando, suave, dulce*”. O sea, casi como un tierno osito de peluche o el mismísimo Platero. Pero resulta que las viejas alcahuetas, o celestinas, también usan para seducir a las doncellas palabras “*suaves, dulces, delicadas*”. De ahí que esa misma raíz “*leno*”, además de designar tales cualidades, sirva para aludir a trotaconventos y a las prostitutas en algunas voces como “*lenocinio*”. No es extraño que la misma raíz sirva también para uno de los muchos nombres dados al dios Baco, tan amigo de los amigos de las orgías y de las francachelas con mujerzuelas. Y como lo que es blando también se pliega o es flexible, la raíz citada nos da “*lente*” o “*lenticula*” (=lenteja). O bien el adjetivo *lento*, una *lentitud* propia de todo lo que fluye con dulzura morosa en vez de hacerlo de una manera brusca, rápida o violenta. El poeta griego Arquiloco tiró la lentejuela de su escudo para correr así más veloz. Y, para concluir, señalemos que las *lentillas* se parecen demasiado a las molestas *liendres* (<*lens*) si se ven con *lentes*.

Desde Finisterre hasta el Cabo

Las raíces léxicas más estrechas, delicadas, *delgadas* o **finas** (o sea, las últimas o **finales**) son como los *filamentos*, *hilillos* o esporas viajeras de los *hongos* (<**fungus**). Nunca sabemos bien de dónde vienen en última instancia y cómo aparecen, de repente, en los lugares más insospechados del planeta. Así, por ejemplo, brota alguna vez un *hongo* (dice Virgilio) en el pábilo de una vela o antorcha (lat. **funale**, *fanal*). Al **fin** y al **cabo**, las cuerdas o sogas se *fabrican* (<faber, fiber?) con las **fibras** o *hebras* de algunas plantas como el esparto. En latín “**fiber**” tiene el sentido de “*extremo, remate final, el hilo o fleco de la tela*”. Como los hilos o las **hebras** cosen las heridas abiertas se pasa al sentido de “*broche*” o “*cosa que junta*”. O sea: hebilla, *hebrilla* o **fibula**. Y de la misma raíz de **fibra** o **fimbria** surge “**finis**”, el **final**. Toda cuerda tiene su *cabo* o cabeza y también su **fin** y, en consecuencia, su **finalidad** extrema es tirar de ella hasta sacar *finalmente* el cubo del pozo de agua. La voz latina “**funis**” significa precisamente la “*cuerda*” sujeta al *pozal* (de donde “**funicular**” como los trenes con vagones ligados con una cuerda, o “**funámbulo**”, el que anda por la cuerda).

Las sogas (**funis**) tienen como su **final** o **función** (<*fungor, functus*) bajar a la fosa honda con suavidad la caja del “**difuncto**” o “**finado**” (“*ha cumplido* o *completado*” la **función**). Y en los **funerales** o cortejos **fúnebres** se usan las teas, hachas o “*antorchas*” (**funale** es la cuerda “*retorcida*” untada en cera). La *luz* del **fanal** nos aclara en la noche, es **diáfana** (<*fanos*), se *manifiesta* (**epifanía**) ya sea en el templo (**fanum**) o delante del templo (**profano**). En el **fondo**, para tener un **fin**, las cosas deben ser **fungibles**, consumirse como el pábilo (**funis**) de las velas en las que nace algún **fungus**.

A la espera de las esporas

Las **esporas** fecundan **esporádicamente**. O sea, a *voleo*, en vuelo libre y según la volátil voluntad del dios Eolo. Algunas veces sí, otras veces no. La raíz se deriva de “**esperma**”, cuyo color (blanco como las **espumas** del mar) engendra en catalán el nombre del cirio o velón (**espelma**). Y, aunque los **esparrágos** se nos antojen como gigantescos *espermatozoides* (“*animalitos*” o *zoos* de **esperma**) no vemos en absoluto la relación, si existe, entre “**asparagus**” con la raíz o el tallo de las fibrosas **esporas**. Tampoco se ve muy claro la vinculación con la raíz de “**asperges**”, *aspersión* o esparcir, si bien las **esporas** se dispersan como el rocío de agua lanzado por un hisopo. Estamos a la espera de tener más indicios sobre el origen de las **esporas**. Cualquier solución falsa sería **espúrea** o bastarda, como el riego por *aspersión* o desparrame de unos espermatozoides **esporádicos** de los que no se sabe bien la ocasión y la tierra en la que caen.

¿Paella o fideuá?

Un diminutivo de la limpia **patena** que usan hoy los sacerdotes en la eucaristía es la voz **patella**. De ahí deriva en la lengua italiana el nombre “**padella**” o “**sartén**” (los ingleses juegan al “**padel**”, una raqueta que tiene la forma de la sartén con asa). No hace falta pensar demasiado para adivinar que el origen del nombre “**paella**” es la **padella**.

Bastante más complicado que el caso de la palabra “**paella**” es hallar el origen del vocablo “**fideo**”. Algunos derivan el nombre de “**fidelia**” o “**cuerdas**”, que servían para tirar líneas “**fieles**” a los carpinteros como el **fiel** o aguja de la balanza en el comercio o bien el **hilo** de las plumas para los albañiles. No cabe duda de que los **fideos** son **finos hilos o filigranas** hechas con la masa o pasta de los granos de trigo. En latín tenemos ya la raíz de “**finus**” (**cuerta**) y de **filum** (**hilo**) y hasta podemos pensar en las hendiduras o **fisuras** (<**findo**) del colador o, mejor aún, en la manga pastelera de la **confitería**. ¿No se hacen también **fideos** de chocolate similares a la pasta? ¿Y los cabellos de ángel u otras confituras? La voz “**confetti**” viene del latín “**confectum**” (<**conficere**, elaborar). La semejanza entre las serpentinas o **confettis** de papel con la elaboración de las pastas hiladas es evidente. Después de todo, el papel y la pasta nos vienen de China y son los venecianos como Marco Polo quienes introducen tales invenciones en Occidente.

Pero también se hace remontar con buenas razones el nombre de “**fideo**” a un arabismo de los mozárabes hispano (“**fad**”, crecer o rebosar). Ciertamente los **fideos** se engordan al hervir dentro del agua. En el inglés tenemos también “**fat**” (gordo), quizás porque la pasta engorda lo suyo, como la comida rápida (fast **food**); y viejos vocablos latinos como “**fatuo**” no solamente designan a un hombre “**insípido o soso**” (cualidades de la comida) sino también a una persona hueca, pretenciosa, pomposa o “**hinchada**”. Voces cercanas como “**flato**” (**soplo**, hincharse con gases) también pueden influir inconscientemente en “**fatuo**”. En definitiva, la voz **fideo** tiene demasiados padres y debemos confesar (<**confiteor**) que es una cosa de fe (**fides**) creer en una u otra de las teorías propuestas.

El Génesis

Quizás no existe en ninguna lengua una semilla más prolífica que el radical “*gen*”. Ella *genera* o *engendra* con suma *generosidad* todas las *generaciones* y todos los diversos *géneros* que ha inventado el *genio* o *ingenio* humano y la *ingeniería* divina. De tal raíz brotan las mujeres que viven apartadas en el *gineceo* y acuden a la consulta del *ginecólogo*; los *yernos* (<*gener*) que dan hijos en las hijas; las *gentes* de paz, los “*gendarmes*” (¿*gente de armas*?), la *gentuza*, los *gentiles*, la *genética*, los *generales*, la *Generalitat* valenciana, los *genocidios*, el *oxígeno*, el *hidrógeno*, los *andróginos*, las “*genuflexiones*” (o flexión del nudo o *genus* de la planta), las cosas *genuinas*, los *ingenuos*, el “*giñar*” vulgar de una malparida o el culto “*pergeñar*” y, hasta es posible incluso, que la *gonorrea* contraída por algún marinero *genovés* bebiendo un vaso de *gin tonic* o una botella de *ginebra* en alguna taberna de algún lugar que recuerde en su moralidad a la ciudad vecina de Sodoma...

Y ahora vamos a entrar en el terreno resbaladizo de las hipótesis indemostrables. La idea “*genética*” se asocia particularmente a la raíz griega del nombre mujer (“*gine*”). Ahora bien, hasta fechas recientes los niños han sido educados en la realidad de la vida sexual por los *canes* callejeros, tan “*cínicos*” (<*kynos*, *perro*) que realizan los actos sexuales a la vista de todos en la plaza. ¿No se llama “*perra*” a la mujer pública”? La conclusión es inmediata: ¿Deriva la raíz “*gen*” de “*kynos*” sonorizando la consonante velar /*k*/? Y la voz “*gimnasio*” (<*gymnos*, *lucha de atletas*) ¿no tendrá un origen similar habida cuenta de que las luchas o peleas entre *canes* no solamente son espontáneas sino también “programadas” por los dueños como bien se ve en algunas pinturas de la antigüedad?

El tren de Tardienta

Aunque salga de buena *mañana*, el tren de **Tardienta** siempre llega con **tardanza** en la **tarde** como el conejo de Alicia. La voz “**tarde**” deriva de la misma familia que “**retardar**” o retrasar (en catalán la “**tardor**”, u otoño, se hace esperar después de acabar la “*prima*” *vera* y el posterior “*verano*”). La raíz “**tard**” debemos asociarla con otras raíces como “**turd**” o “**tund**”. Quien está **aturdido** por algún golpe **contundente**, una **tanda** de palos o una fuerte **contusión**, se muestra también algo lento o **tardo** de reflejos. ¿Y no se retrasa o atasca en su habla poco fluida el **tartamudo**, lento **tartaja** como una *tartana* **tardana** o una *tortuga* o **tartaruga**? ¿O quienes hunden sus pies en el barro o la ciénaga del **Tártaro**, una región infernal tan lejana como la estepa asiática?

Un par de tórtolos

A falta de pan, buenas son **tortas**. Y en la **tarta** nupcial no faltan nunca los muñequitos que representan al par de **tortolillos** enamorados en “*el día más feliz de su vida...*”. La voz **tórtola**(<*turtur*)tiene una clara resonancia verbal que nos hace imaginar el ruido que hacen los pichones. ¿No hace acaso **tartamudear** el amor a los dos **tórtolos** colgados del hilo telefónico? (“*Cuelga tú; no, tú*”). Pero, a veces, tanto arrullo monocorde, tan cursi como un bailarín en *tutú*, nos **aturde** el oído y nos **atormenta** el alma como si nos **torturasen** con un martillo en el yunque escuchando el dichoso estribillo. ¿Podríamos entender que se llamen **tortas** a los golpes o las bofetadas en las dulces mejillas si no hubiéramos visto amasar las **tortitas** de maíz con las manos dando unas palmadas? Y las **tortillas**, si bien no se amasa la masa, también requieren ser **batidas** ruidosamente en el plato. La **tortuga**, si no llega **tarde** a la fiesta como la famosa liebre, se convierte ella misma en la **tarta** o se come los langostinos con la salsa **tártara**.

La sordera del teniente

No creemos que los sargentos, y mucho menos los “*tenientes*”, sean dados a desoír las órdenes dadas por sus superiores. Y, aunque el dicho nos diga que debemos hacer “oídos **sordos**” a las “palabras *necias*”, toda *necedad* o “*desconocimiento*” (<*ne, scio, no saber*) nos suena como un ruido confuso o algarabía sobre el que debemos imponer el orden y la armonía establecida. Tal vez ese “**teniente**” de marras que se “*hace el sueco*” sea aquel que “*tiene*” o *mantiene* terco su opinión en el juicio “*por más que digan lo que digan*” en su contra los demás.

¿Cuál es el origen de la voz “**sordo**”? Seguramente los viejos romanos del Lacio eran tan bulliciosos como lo son actualmente hoy sus descendientes. Y no sería tampoco extraño que algún viejo insomne de la ciudad del Tíber usara una adición de cerumen a la cera natural de las aurículas. ¿Tiene quizás alguna relación la raíz de la voz **sordera** con la de “**sórdido**” o suciedad? La cosa suena sin duda a etimología popular, pero si el tímpano suena...

Agitar antes de usar

A través de las “**vías**” (<*veha*) romanas (alta tecnología para su época) circulaban con cierta dificultad los carros o **vehículos**. En latín “**veho**” tiene el significado de “llevar, conducir, trasportar”. Podemos imaginar bien el zarandeo de las lentas carretas en aquellos caminos empedrados. Del mismo modo, la *mente capta* o cautiva del *mentecato* se agita o sacude violenta con “**vehemencia**”(<*veho, mens*). El verbo **vejar** (<*vexi, vectum*) es una forma intensiva de **veho**. O sea: ser zarandeado, sacudido, agitado de un lado a otro. De tal sentido al de ser “maltratado” o “llevado a empujones” no hay más que un paso. Los *viejos* (<**vetus**) suelen ser “**vejados**” (<*vectum*). Y el vencedor (<**victor**) es también el “**vector**” (el que lleva o conduce el carro, quien marca la dirección con la flecha del dedo). Los vencidos (<**victus**) son llevados, deportados en carros (*veho, Vae victis*).

La pregunta es inevitable: ¿es la semejanza casual de los sonidos entre “**victor**” y “**vector**” o “**vetus**” y “**vectum**” la que atrae los sentidos en un juego de palabras “*externo*”? ¿O acaso es la necesidad de expresión la que hace divergentes unas raíces previas que se desarrollan en distinta dirección ampliando así las familias verbales de una lengua? Los verbos latinos suelen presentar más de una raíz (como en el caso de “*veho, vexi* o *vectum*”), un hecho que permite el engarce con otras raíces de familias próximas.

La momia de Tutankamon

La voz “**momia**” deriva de una raíz persa (<**mum**) cuyo sentido original parece ser el de “cera” o “líquido para embalsamar”. Desde los tiempos antiguos se usa ya la cera líquida para hacer moldes de máscaras mortuorias (los museos de cera como el de Madame Toussaud son un recuerdo de esa vieja práctica). Y los sellos de cera endurecida permiten *conservar* ciertas inscripciones acuñadas para *salvaguardar* un texto de la injuria del tiempo. ¿Tiene algún vínculo la raíz de “**mum**” (cera) con la raíz de “**memini**” (memoria)?

En la pedagogía clásica el aprendizaje se basa en la facultad de la **memoria** (<**mem, mum?**). O sea, la **mimesis** (<**mimus**) o copia de unos mismos modelos, la repetición constante – **memorística** - de unos textos idénticos, igual que el **mimo** de la farsa hace una **pantomima** o los **simios** realizan cosas **similares** imitando las acciones humanas. Unas veces la **mímica** parece cosa de **memos**, de **momas** o de “**momarrachos**” (sic). Otras, las **monas**, que imitan al dueño, nos parecen una **monada**, una mascota a la cual **mimar** con todo el **mimo** de una mamá. Gracias a la escritura, depósito de la **memoria**, sabemos que “*mi mamá me mima mucho*”.

Miembros y... “miembras”

El “**membrete**” es un sello que nos hace **membrar** (<**memorare**) o recordar al emisor de la carta. Después de la cera o arcilla, los escribas utilizaron las **membranas** de piel o pergaminos para dejar en ellos la “**memoria**” de todos los hechos acaecidos que fuesen **memorables**, dignos de figurar para la posteridad grabados en los *anales* o *anuarios*. Como las **membranas** pueden despedazarse, cada pedazo distinto es un **miembro**. Y ya sabemos todos cuál es el “**miembro**” o distintivo por antonomasia del cuerpo humano. Algunas Academias de Letrados se distinguen por el estilo, el estilete y el corporativismo de sus **miembros**. Solamente aceptan con una sonrisa vertical, burlona o condescendiente que las “**miembras**” escritoras hayan salido de una misma **membrana**. Conviene **rememorar** la vieja historia de las palabras. Aunque solamente sea para despellejar

de vez en cuando a los Evaristos y a las Evas o las *jebas*.

Más o menos

¿Es casual que *magno* o *menos* se parezcan tanto a las *manos* que sirven para *contar* la *cantidad contable*? ¿O que la *mente* (<*mens*) y la *memoria* (<*memini*) tengan el mismo radical que la *mano* humana que graba un *memorandum* en la cera (<*mum*)? La *mente* no debe nunca *menos-preciar* las *manos*, que también piensan, y sostienen además el peso de la cultura humana.

Un poco de caradura

La palabra “*cara*” es de origen griego y designa en un principio a toda la cabeza. También es griega la voz “*cera*”, la cual no es solamente la materia blanda o el *cerumen* con que se hacen los *cirios* usados en las *ceremonias* sagradas sino también la arcilla (como el color de *cera* de las “*ciruelas*”). En ese sentido, toda la “*cerámica*” (“*ce*” se pronuncia como la “*k*”) está hecha de arcilla o “*cera*”. En la *mani-cura* (*cura* o cuidado de las manos o “*quiros*”) se atiende o cuida de las uñas, las cuales tienen la “*queratina*”, una sustancia tan dura como el cuerno o la córnea. Y los escultores moldean la *cara* (o cabeza) en un busto de *cera* o arcilla; los *ceramistas* realizan vasijas antropomorfas; las mujeres se embadurnan el rostro con barro o con afeites (*encerar* la *careta* o *carátula*); o bien se hace con *cera* líquida los moldes o *máscaras* de la *cara* del difunto. O en los palacios de Persia lucen los ladrillos de arcilla (*cera*, *caravista*) que se esmaltan o vitrifican como las uñas pintadas de las siempre coquetas damiselas de la corte. *Cara*, *quera*, *quiro*, *curo* ... ¡Una raíz dura, tal vez con demasiada *caradura*!

Un baile de máscaras

La palabra “**máscara**” hace honor a su nombre, pues es ciertamente uno de los vocablos más **enmascarados** que existen en el diccionario. Los filólogos solventes se embrollan con denuedo a la hora de desenredar los nudos de la tupida red de relaciones que tejen las raíces que en dicha voz entran en danza. Suele derivarse de una palabra árabe cuyo significado es “bufón”. Sin embargo, ya existe en latín la raíz “**masc**” en el nombre “**masca**” (bruja). Y en el teatro clásico se usaban ya las “**caretas**” (*persona*) siendo siempre actores **masculinos** quienes representaban a las mujeres, fuesen hechiceras o madrastras. Y al **mascullear** se pone tensa, contraída o rígida la cara, especialmente los músculos de la boca, algo que nos recuerda bastante, además del *rigor mortis*, a las **máscaras** de los “gigantes y cabezudos” venidos de Nápoles, a los carnavales de Venecia, o las **máscaras** que simbolizan la risa o el enfado (sentimientos extremos) en las comedias o tragedias antiguas. O también se podría imaginar que las **máscaras** son verdaderas “**mascarutas**”, un **careto** o una **careta** pintarrajeada o tiznada en exceso (*magis*) con las **ceras**.

De un momento a otro

La palabra “**momento**” viene del verbo “**moveo**” y resulta de la contracción de “**mo(vi)miento**”. El sentido más cercano a su raíz es el que conserva aún en física cuando se habla del “**momento**” de fuerzas en las palancas. El **momento** es tanto la causa o fuerza que mueve como cada partícula o peso que provoca el giro. Cada “**momento**” o peso produce así un **movimiento** diferenciado. Todos los **momentos** en sucesión nos dan el **movimiento** completo. ¿Cual es la razón de la contracción?

La balanza (palanca de fuerzas) es un instrumento habitual en el comercio. Se habla del **movimiento** de las mercancías en la aduana. Es posible que los registros o medidas de todos los pesos – la **memoria** del **movimiento** – haya ejercido alguna influencia en el paso de “**movimiento**” a “**momento**”. Pero ésta es solamente una hipótesis racional que podemos

admitir... por el *momento*.

Una santidad aliñada

Baltasar Gracián se refiere a Juan de Ribera, arzobispo de Valencia, como un hombre de santidad “*aliñada*”. Y el poeta Antonio Machado se nos pinta a sí mismo como alguien con “*torpe aliño indumentario*”. Del verbo “*alinear*” se pasa con “*aliñar*” al sentido de “*poner orden*”, “*combinar*”, “*enderezar*” o “*aderezar*”. Las ensaladas, como los vestidos, se “*aliñan*” para que no queden *descompuestas*. La voz “*línea*” deriva de “*lino*”, por ser esta planta la que daba una cuerda que servía para tirar *líneas* marcadas con azulete. Y si hay *pantalones* de *lino*, también existen *lonas* de *lana* (en latín “*lena*” es blando, suave como el algodón, el *lino* o la *lana*). Y si del *lino* salen las *líneas*, de éstas proceden los *linajes* que conducen en línea recta hacia los patriarcas o reyes (quien tiene “*lana*” o dinero posee “*vellones*”, ovejas o *pecunia*).

Una falsa violación

En una cierta región de nuestra geografía existe una zona conocida con el topónimo de los “*Llanos de la violada*”. ¿Quién es esa pobre mujer víctima de la violencia machista? Los aldeanos de la comarca refieren cuentos truculentos sin ningún fundamento. En realidad, la tal “*violada*” no es sino la evolución fonética de la “*vía lata*”. O sea, el “camino ancho”. Y sin embargo... La intuición del pueblo es profunda incluso cuando yerra. Quien diga que *Juan Galindo* (nombre popular) tiene *juanetes* no andaría en absoluto muy descaminado. Una “*vía lata*” es un camino ancho, una vieja senda ampliada, *dilatada*. Se hace camino al andar. No hace falta acudir a la *penetración* a duras *penas* del *pene* en la estrechez de la virgen doncella para demostrar, con la historia del urbanismo en la mano, que una avenida ampliada siempre *viola* o *violenta* los derechos de muchos campesinos expropiados de su tierra o de los propietarios hacinados en callejuelas estrechas demolidas en nombre del progreso. ¿Está tan lejos la etimología popular que identifica *violada* con la *violación* ?

Norte y Sur

Como es razonable, el **superior** esta siempre *encima*, en la *cima*, **sobre** (<*super*) el *inferior*, que está debajo en los arrabales *infernales*, los *barrios* cubiertos de *barro*, los **suburbios** (<*sub, urbe*) alejados del centro de la *urbe* (palacio real, catedral, ayuntamiento) en donde se toman las decisiones importantes que afectan a la colectividad. Ahora bien, la vida es similar a la voluble rueda de la fortuna de un casino (“*la vida es móvil*”, dice una empresa de telefonía sin hilos). Quienes se hallan hoy abajo (**sub**) mañana pueden “**subir**” (<*sub, eo*). O sea, **surgir** del fondo y **superar** al *superior* (<*sup*) al que estaban **subordinados**. ¿Tiene alguna relación la raíz anglosajona de la voz “**sur**” (*south*) con las raíces latinas “**sub**” (*bajo*) o “**sup**” (*sobre*)? Esta es una **suposición** (<*sub, poner*), no un **supositorio** de glicerina. En cualquier caso, una cosa es bastante probable. Si los indígenas o nativos *australianos* del hemisferio *austral* hubiesen sido los conquistadores de Europa, los cartógrafos **sureños** hubiesen representado el mapamundi vuelto del revés, cabeza abajo. *Austria* o Gales estarían, como las Galias, a los pies del César *austral*. Es decir, el **Sur** sería el norte y ser del **sur** no sería ya un estigma ni una errata del nacimiento.

Nobleza baturra

Los premios **Nobel**, como el aragonés Cajal, son la nueva **nobleza** contemporánea, los campeones olímpicos de la sabiduría. Y como quien parte, reparte y se lleva la mejor parte, los escritores **noruegos** (hombres del **norte** al *fin* como los **normandos**) son quienes precisan tal vez de menos fundamentos literarios para soñar con el deseado galardón *norteño* enfundados en la funda **nórdica** que guarda las esperanzas de gloria mundana. Hubo un tiempo en que **Finlandia** era, como **Finisterre**, el culo del mundo, el quinto pino, el rincón o confín limítrofe de todos los demás países del mundo conocidos. Los latinos, cansados de navegar en el mediterráneo, dejaron penetrar en sus aguas a los vikingos del norte. Y entonces los pueblos “**septentrionales**” (la constelación de los “*siete bueyes*” o **triones**) nos hizo adoptar en nuestras lenguas romances la voz

“norte”. Pero todavía, si perdemos el **norte**, debemos *orientarnos* mirando al este o *levante* donde se levanta el sol, la *aurora* del día.